

LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES Y LO ABSOLUTO DEL CRISTIANISMO (1)

Por AUGUSTO BRUNNER, S. I.

1. «Habiendo hablado Dios muchas veces, y en muchas maneras a los hombres, en otro tiempo por los profetas, últimamente, en estos días, nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos». (Hebr. 1, 1-2).

En estas palabras oímos el eco del júbilo de aquellos que han presenciado la primera aparición del cristianismo, júbilo por una elección nunca vista e insuperable, la de ser elegidos para poseer en la predicación evangélica el resumen, o más bien el complemento de todo lo que, tocante a la religión, hasta ahora sólo fragmentariamente poseía la humanidad. Pues, más allá del cristianismo, ya no habrá ni desarrollo ni progreso.

Al mismo tiempo nos indica el texto citado la *razón* en la cual se apoya una proposición tan opuesta a todo lo experimentado hasta ahora: Es que este nuevo mensaje de Dios vino por el Hijo Unigénito, el heredero de todo lo que El con su Padre ha creado y conserva.

Este mensaje ya no se comunica por un mero hombre, por un instrumento y siervo de Dios, como lo han sido los profetas;

(1) El interés del tema nos ha movido a publicar, en traducción castellana, el artículo publicado en *Stimmen Der Zeit*, Nov. 1940.

tampoco por un ser sobrehumano, como son los ángeles, los cuales, con toda su grandeza, no son más que creaturas de Dios. Sino que lo trajo el mismo Hijo de su casa propia, y a quien pertenece todo. (Hebr. 3, 1-6).

San Pablo, al escribir las palabras citadas, no las escribía en un mundo ya repleto por el espíritu cristiano, sino en un mundo sumergido todavía en el espíritu del paganismo, con su multiplicidad y variedad de religiones. En la vida pública casi estuvo en peligro de desaparecer el cristianismo, apenas nacido; y donde se atrevía a manifestarse un poco, se hizo objeto de burla y persecución, como no lo oculta esta carta de San Pablo. La sencillez de sus reuniones culturales de ninguna manera podía competir con la magnificencia de los templos paganos y con el derroche de lujo de las funciones culturales de las otras religiones, inclusive la hebrea. Los nuevos cristianos corrían peligro de impresionarse por estas cosas y desalentarse. Por lo cual, San Pablo en esta su carta a los hebreos recién convertidos, se empeña, con toda su elocuencia, en convencerlos de que no lo exterior sino lo interior es lo que da valor a la religión; y que, tocante al valor interior, el cristianismo es insuperable. El cristianismo, dice, es la feliz realización de la expectación de todas las almas grandes que había en el Reino de Dios, desde los tiempos más remotos; expectación que los hacía sufrir con paciencia los martirios más atroces. Por consiguiente, dejarse seducir por el lujo y el poder de un culto no cristiano, no sería progreso, sino decadencia y muerte.

Estas instrucciones de San Pablo, destinadas a los primeros cristianos, tienen importancia para todos los tiempos. La convicción de ser el cristianismo insuperable, de ser su doctrina definitiva, y su gracia acabada, siempre ha sido el fundamento sólido de la religión cristiana.

Esta convicción no pierde nada de su firmeza ni por la multiplicidad de las formas religiosas, ni por tal o cual semejanza de la doctrina o de las ceremonias de otras religiones con la cristiana. Pues estas cosas, más bien exteriores, nada tienen que ver con la abundancia interior del cristianismo, ni a nadie podían inducir siquiera a compararlo con otras religiones, como si fuesen de la misma categoría. Esto en lo tocante a los primeros tiempos.

Vino después una época, en la cual, poco a poco, todo el occidente fué conquistado por el cristianismo, llegándose a penetrar toda la cultura antigua por el cristianismo en tal grado que hasta sus enemigos de hoy día, sin darse cuenta, viven de los ideales que implantó entonces el cristianismo, y los desarrolló y fomentó sucesivamente en los corazones de los particulares y en el seno de las naciones.

2. Antiguamente se conocía en el mundo científico sólo el cristianismo, el judaísmo y el islam.

Pero, por los descubrimientos y las investigaciones de los tiempos más recientes, se han ido conociendo muchas formas de religión, más o menos desarrolladas, pero hasta hace poco desconocidas. Era esto un laberinto de formas, cambiando ellas de pueblo a pueblo, y hasta de tribu a tribu. Y sin embargo, en conjunto y en sus fundamentos, se observó una sorprendente monotonía. Pues en todas partes se repetían, como variaciones de pocos temas, los mismos ritos y las mismas formas culturales, las mismas aspiraciones y preocupaciones, hasta las mismas ideas acerca de lo divino.

Era fácil encontrar estos temas, ya que primero se descubrieron los testimonios escritos de las religiones de una adelantada cultura, como el budismo, y la religión de los doctos chinos.

En un principio se procedió en estas investigaciones con métodos poco acertados, y con preocupaciones disparatadas en el estudio de aquellas religiones, de modo que hasta los testigos oculares no eran capaces de descubrir lo propio de cada religión.

Los historiadores de las religiones separaban de las informaciones así obtenidas sólo lo común. La consecuencia era una gran confusión:

Parecía el cristianismo, en muchos puntos, una religión como cualquier otra, revestida de las mismas formas, sujeta a las mismas leyes psicológicas y fenomenológicas.

Preguntábase: ¿Por qué el cristianismo tiene que ocupar una posición privilegiada?

¿Cómo se puede justificar su pretensión de ser la forma perfecta y acabada de la religión para todos los tiempos?

Por otro lado se preguntaba también:

¿De dónde viene tanta variedad de formas religiosas, y dónde se halla la verdad?

El racionalismo contestó a su modo:

Lo común de todas las religiones es la esencia de ellas, la última verdad. Esta religión se originó en la razón humana, y por ello es igual en todos los pueblos.

Lo que se añadió en convicciones y funciones religiosas, es error y fraude, ficción y superstición, inventado por los ministros del culto para explotar las masas.

Por lo tanto, el racionalismo reduce la religión a unas pocas ideas abstractas, anémicas, de poco resultado práctico: esta religión, llamada natural, poco se diferencia de la completa incredulidad.

Una nueva explicación de las religiones se inició con Herder, y tuvo su principal expresión en el idealismo germano, y esta explicación persiste todavía hoy día. Según ella, cada religión en particular es una expresión de la mentalidad del respectivo pueblo, y esta mentalidad particular es una manifestación concreta del espíritu absoluto. Para Hegel, este espíritu absoluto era la razón.

Después vino Schelling, quien reemplazó la dialéctica intelectual de Hegel por las nuevas dialécticas de la voluntad, de la tendencia y del sentimiento, ideas después más desarrolladas por la moderna filosofía «existencial».

Las antiguas ideas racionalistas tienen que ceder cada vez más a estas posteriores, que dicen que las profundidades del mundo son corrientes de una vida católica, la cual se manifiesta en el hombre en forma de ideas. Una de estas principales formas (dicen) es la religión, la cual representa lo incomprensible por medio de símbolos, aunque su contenido siempre queda incomprensible.

Ahora bien, cada pueblo tiene su modo peculiar de concretar sus ideas, y esto proviene de su respectiva historia y de su carácter particular. Estas religiones (dicen) todas son verdaderas, porque ninguna es verdadera; la una es más profunda y eficaz que la otra; pero ninguna es definitiva. Todas estas religiones están condenadas a perecer, como todo lo que ha producido el mismo hombre.

3. Frente a todas las tentativas de resolver el problema del ser absoluto del cristianismo sólo por medio de la historia de las

religiones, hay que declarar que la historia sola no es capaz para decidir esta cuestión ni es competente para eso.

Pues la historia refiere solamente hechos aislados, pero no tiene que juzgar sobre su valor intrínseco. Sólo a la filosofía y a la teología compete servirse de los hechos históricos para investigar el problema del ser absoluto de una determinada religión.

Ante todo, el mero hecho de semejanzas exteriores del cristianismo con otras religiones no permite conclusiones definitivas. Pues el cristianismo es una religión fundada para hombres, y por consiguiente manifestará aquellos rasgos esenciales que pertenecen a cualquier sistema de una religión humana. Resulta que esta religión tendrá su determinada comprensión de lo Divino, y exigirá, frente a lo Divino, una posición correspondiente, la cual posición se manifestará en múltiples actuaciones.

Por lo tanto se explica que, especialmente en las significaciones exteriores, en gestos y símbolos, esta semejanza exterior con otras religiones pueda ser sorprendente, ya que todas se han tomado del cúmulo de formas posibles para expresar las ideas.

Pero « semejanza » incluye en su concepto también la « diferencia », lo que tiene lugar entre las religiones. Cada religión es un sistema único. Del mismo modo cada hombre tiene « semejantes » suyos, y, sin embargo cada hombre es individual.

Resulta que ni semejanza ni individualidad de las religiones pueden decidir la cuestión sobre el ser absoluto del cristianismo.

En lugar de insistir en exterioridades, hay que considerar que el cristianismo esencialmente se dirige al interior.

El cristianismo es una religión viva, no un sistema científico, ni una especulación abstracta.

Una religión viva penetra toda la vida práctica; rechaza todo lo opuesto a este su espíritu. Todo el pensar y actuar del hombre está como impregnado de la convicción cristiana universal (*Weltanschauung*) acerca del hombre y su relación con el mundo.

Pues « religión » no significa una teoría o práctica en una esfera especificada, como son la industria, el comercio y la política. Más amplio en su ambiente, el cristianismo es la teoría y práctica acerca del destino universal del hombre. La religión influye en todas las actividades espirituales y materiales del hom-

bre, porque estas actividades no pierden nunca su relación última al destino del hombre. Y sin embargo, no obstante esta dirección general, el hombre creyente desempeña al mismo tiempo su tarea terrenal en la vida económica, artística, científica y política de su respectiva nación y época.

4. Solo queda esta cuestión: ¿hasta dónde se extiende esta dependencia de la forma exterior frente a las respectivas condiciones accidentales de la vida humana? Se pregunta si estas últimas influyen también en el contenido interior de la religión.

La Iglesia siempre distinguió, tocante a su doctrina moral, entre lo que ella recibió por la Revelación Divina en verdades y medios de gracia, y entre las formas exteriores del culto divino, mutables con tanto más facilidad, cuanto menos conexión tienen con la herencia inmutable.

Es verdad que esta conexión a veces puede ser bastante estrecha, así que es una tarea de suma responsabilidad distinguir lo contingente de lo absoluto.

Prueba de esto es la controversia sobre los ritos chinos, y la cuestión sobre la adaptación en las misiones extranjeras. Se sabía que se trataba de formas culturales históricamente desarrolladas, y, sin embargo no se procedió precipitadamente, para no comprometer lo esencial.

5. Al fin y al cabo, consta, hasta de la historia de las religiones, el hecho de que hasta ahora el cristianismo ha sido la más perfecta de ellas. Este resultado no lo niega nadie que haya estudiado sin prejuicios las diversas religiones y su respectivo influjo en la cultura de la humanidad. Consta que aquellos hombres que han verificado en sí el ideal que el cristianismo propone a la actividad humana, han alcanzado la cumbre de la perfección, comenzando por la figura de su incomparable Fundador, hasta los tiempos modernos.

Hay que insistir en este resultado positivo de la investigación científica, antes de poder iniciar la investigación acerca del ser absoluto del cristianismo. Con todo, este resultado positivo acerca del influjo benéfico del cristianismo no basta, ya que el ser absoluto dice mucho más. Pues, podía decir uno: Si hasta ahora el cristianismo ha sido la mejor religión, más adelante podría sobrevenir una que sea más perfecta todavía.

Tampoco es decisivo en favor del ser absoluto de la religión

cristiana, el hecho de que pocas religiones se han elevado sobre sus respectivas épocas y lugares de origen. Aquellas religiones estaban íntimamente ligadas a la mentalidad de su ambiente, y las circunstancias históricas. Separarse de este terreno propicio significaba para ellas la muerte segura.

Este es el caso de todas las religiones primitivas, las cuales, en contacto con la cultura del blanco, se han disuelto rápidamente, antes de hallar un reemplazo.

También ha sido este el caso de las religiones de los pueblos antiguos de alta cultura, como fueron los Egipcios, Babilonios, Asirios, Griegos y Romanos. Sus religiones murieron juntamente con los estudios y la cultura de sus respectivas naciones, ya que habían estado extremadamente ligadas a las circunstancias contemporáneas.

Sólo pocas religiones, y ellas son las llamadas religiones mundiales, se elevan sobre esta dependencia de lugar y tiempo. Es que tenían un contenido substancial independiente de historia y pueblo.

Su mensaje se aceptó en el corazón humano, ya que ellas dieron contestación, acertada o falsa, a cuestiones que interesaban al hombre de cualquier zona o cultura, y en cualquier tiempo.

Por lo tanto, tenían ellas fuerzas expansivas, y encontraron simpatías hasta en pueblos lejanos.

Y mientras los seres humanos tienen algo común, lo que los eleva del ser irracional; mientras los hombres puedan comunicar sus ideas por signos convencionales, no se acabará el afán común de hallar contestación a cuestiones trascendentales...

A éstas pertenecen los problemas religiosos, los cuales exigen también una contestación común.

Entre estas religiones mundiales el budismo alcanzó su capacidad difusiva ante todo por la solución negativa de la cuestión acerca del destino del hombre. Dice: todo destino es interino, y todo resultado se puede disolver en una nueva existencia, hasta que la existencia de la misma personalidad desaparece en el Nirvana.

Por esto, el budismo es indiferente acerca de cualquier forma religiosa, ya que, según él, todas son interinas, y serían apropiadas a aquellos que todavía no han alcanzado la iluminación, y que todavía están sumergidos en las vanidades del mundo.

El islam presenta un mensaje más positivo, pero depende mucho de cierto grado de cultura, pues se conoce su origen en el desierto, por lo cual halla simpatía entre las culturas primitivas.

Lo substancialmente humano lo sacó del judaísmo y del cristianismo, escogiendo verdades comprensibles para la ingenuidad del beduino, y restringiendo las exigencias morales, aunque éstas eran algo más que lo practicado hasta ahora.

No se puede suponer que el islam fuera capaz de soportar un contacto con la cultura moderna sin perder algo de su valor substancial.

6. El cristianismo, entre las religiones, se muestra más eficaz para enriquecer todas las culturas, y para entrar con ellas en una íntima unión, en tal grado que ellas se hallen bien en él, y él en ellas, sin que ninguna de estas dos partes pierda lo que es propio suyo. Al contrario, como se indicó, lo particular de cada pueblo experimentará un enriquecimiento.

Esto se explica por el hecho de que el cristianismo manifiesta al alma de cada hombre su valor eterno, manifiesta la responsabilidad de la actividad de cada uno y el aprecio de sí mismo. « Confesiones » como las de San Agustín, con tal eficacia, con tan rico colorido del propio interior, son únicamente posibles en y por el cristianismo.

El cristianismo ha librado al hombre de las cadenas del temor de las fuerzas ocultas de la naturaleza, y lo puso frente a la naturaleza como libre hijo de Dios; por lo cual era posible la idea de un dominio y una sujeción metódica de aquellas fuerzas naturales.

Mientras el hombre opina fatalmente que su suerte está ligada a alguna fuerza natural (desconocida), persevera en una angustiada servidumbre.

El cristianismo no es indiferente acerca de los valores naturales; pero sí pone al hombre y su suerte eterna, no debajo, sino encima de ellos.

El cristianismo en esta evaluación siempre ha sido generoso, pero en los principios fundamentales implacable.

Lo dicho tiene su expresión en el reproche mil veces repetido de que el cristianismo haya sido tolerante acerca del paganismo, e intolerante en lo religioso. Este aparente paganismo no es más que la adaptación a todos los valores reales y a todas las formas

de expresión humana para realizar su tarea principal. Pues sólo en la realidad infinita y eterna de Dios, que nos ha sido manifestada por la Revelación, se decide la suerte del hombre.

El cristianismo es capaz de semejante expansión universal por la sencillez de sus símbolos sacramentales y rituales, los que se asemejan a las parábolas de Cristo nuestro Señor, que se sirve de las más comunes condiciones humanas; se asemejan a las comparaciones usadas por el evangelista San Juan, que convierte los fenómenos naturales ordinarios, como el viento, la luz, el agua y la semilla, en símbolos de realidades sobrenaturales.

El cristianismo es capaz de ensancharse por el aprecio de todos los valores naturales, no desechando nada de lo verdadero, digno, justo, santo, amable y apreciable. El cristianismo es capaz de expansión, ante todo por la espiritualidad de su doctrina acerca de Dios: el Dios del cristianismo, elevado sobre toda naturaleza contingente, libre de pasiones confusas y fuerzas ciegas, se alza en plena espontaneidad sobre todo como Creador y Señor, haciendo participantes a sus felices vasallos, con plena libertad, sin ser esclavos de nada ni de nadie, como dice San Pablo. (Cor. 3, 22 y sgs.):

« Porque todas las cosas son vuestras, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean porvenir, todo es vuestro y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios ».

7. Con esto tocamos, al fin, el punto *decisivo de lo absoluto del cristianismo*.

Pues la mencionada idea de Dios, está inseparablemente ligada con la persona de Cristo.

La espiritualidad y la suficiencia de Dios se halla en la unidad de la Santísima Trinidad, donde existe la independiente personalidad junto con la comunidad, con la completa comunicación del propio ser en las otras personas.

Este misterio personal de Dios, incomprendible para el entendimiento humano, se nos ha manifestado por aquel que experimentó en sí mismo esta vida, « en el seno del Padre » (Jo, 1, 18), y el cual se ha humillado tomando además la forma de siervo, para facilitar a sus consiervos la indecible participación en esta Divina vida tan poderosa, segura e imperecedera.

Siendo Jesucristo Dios, es El la más *alta Revelación po-*

sible. Por consiguiente, la suerte de todos y de cada uno en particular está ligada a la Redención por Cristo.

Frente a esta comunidad que se extiende hasta las últimas fibras del ser humano, no tiene importancia todo lo diferente, aun aquello que, por lo demás, significa mucho para la vida terrena.

Por lo tanto, la suerte de cada uno se decide definitivamente en la piedra angular que es Cristo (1 Petr. 2, 6 y sgs.).

Ya no hay salvación sino por el único Nombre (Act. 4, 12).

Desde ahora habrá, como dice San Pablo (Ef. 4, 5 y sgs.):

« Un Señor, una fe, un bautismo;

Un Dios y Padre de todos que es sobre todos, y por todas las cosas, y todos nosotros ».

Trayéndonos el mismo Hijo Unigénito, de su propia experiencia, la buena nueva de lo Divino, sus mensajes no son sólo explicaciones acerca del mundo y de lo vivo en ella, en expresiones imperfectas, confusas, inciertas; no son mitos nebulosos, sino comunicaciones determinadas, que corresponden plenamente a su sublime realidad, y que exigen consentimiento.

La inexorable aunque misteriosa claridad del dogma es la expresión propia y la consecuencia de la altura absoluta de la idea divina del cristianismo, el indicio y signo que distingue la religión cristiana de todas las demás religiones. . .

Por la idea Divina del cristianismo el hombre se sitúa sobre el fundamento roqueño incommovible de la realidad. Es él personalmente responsable ante su Dios personal, amante y justo. En su empeño de perfeccionarse, no se siente ya abandonado, sino llevado con seguridad a la meta tan deseada. Se siente él, por primera vez, como verdadero ser humano.

Y este ser humano, antes fatalmente degradado, se ha restablecido en su dignidad, y hasta elevado a una dignidad ni soñada siquiera, a la dignidad de ser hijo de Dios y heredero del cielo.